

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA
SORTEA ANUALMENTE LIBRETAS DE LA CAJA DE AHORROS PARA FAMILIAS POBRES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)
10 números cada diez días, 2 reales al mes
20 » » » » » » » » 1 pta. » »
100 » » » » » » » » 5 » » »
600 » » » » » » » » 25 » » »
1000 » » » » » » » » 50 » » »
Paquetes, sin suscripción de 100núms. 2ptas.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

«Este precepto os doy: Amaos
los unos á los otros como Yo os
he amado.»
(JESUCRISTO A SUS DISCIPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localid-
dad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor
Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

¡Señores Gerentes!

—Estoy muy resentido con usted, amigo.
—¿Resentido conmigo?... ¡Cuánto lo siento, D. Jesús, y ¿por qué?
—Porque mi recomendado del otro día se quedó sin la plaza vacante en su fábrica, siendo así que fué provista por otro mucho después.
—¡Ahl es verdad. Pero usted ¿conocía a su recomendado?
—Hombre... le diré; se que es un buen mecánico...
—¿Y nada más?
—No...
—Pues yo se de él que es efectivamente un buen mecánico, pero un mal cristiano. En tanto que el que admití es un buen mecánico y además un buen cristiano.
—¡Ja, ja, ja!
—¿De qué se ríe usted?
—De esas cosas tan raras que se trae usted en estos tiempos.
—De modo que ustedes no quieren acabar de desengañarse que la falta de ideas religiosas es causa de gravísimos males?
—Según eso todos los que no pensamos como ustedes los católicos somos unos criminales.
—No le digo tanto, pero si le digo que todos los criminales, bajo uno u otro aspecto, son irreligiosos y esto merece tenerse en cuenta.
—No estoy conforme con sus teorías. Por otra parte, ustedes que son tan amantes de traer al buen redil las ovejas extraviadas, debieran admitir al obrero malo para que con los buenos se hiciese bueno...
—Si de ello no se siguiera un peligro mayor, sí. Todo requiere tiempo y lugar.
—¿Qué peligro?
—El que puede ocasionar, por ejemplo, una manzana podrida entre muchas sanas. Mire usted, D. Jesús, en estas cosas yo soy más positivista que usted y voy a contarle dos casos ocu-

rridos en mi fábrica que son los que me hicieron mirar las cosas por donde deben mirarse, tanto que hasta la fecha vengo muy satisfecho de mi sistema de selección.

En una de las dependencias de mi fábrica había, hará cosa de ocho años, un operario que, si largo y hábil era de manos para el trabajo, no menos largo y hábil era de lengua para hablar más de lo debido y atraerse las voluntades de aquellos otros sencillos compañeros de taller que creían a pies juntillos cuantos disparates él quería decirles. En las horas de descanso les leía y comentaba «El País», «El Motín», «El Radical», «España Nueva»... ya usted ve, papeluchos que en fuerza de calumniar han desacreditado la calumnia!

Con tales enseñanzas, el lenguaje más soez y escandaloso, la inmoralidad en sus más bajos instintos cundió por mi fábrica... No le cuento casos que habrían de repugnarle. Me ví obligado, a pesar de mis indiferentismos de entonces en cuestiones de conciencia privada a tomar medidas severísimas y despaché al operario nocivo, costándome no poco después sanear aquel ambiente mefítico.

—Sí... desde luego... que la falta de cultura es causa de esos proceder tan ordinarios y bajos... porque...

—Déjese usted de falta de cultura y reconozca que es falta de religión.

—Desengañese, la cultura es todo...

—Desengañese, la religión es la base del orden social y el móvil de la conciencia honrada. Usted sabe tan bien como yo que la cultura ha servido a muchos hombres irreligiosos para cometer crímenes muy... cultos, y a veces tan repugnantes como el del gañan más analfabeto.

—Déjeme usted terminar.

—¿Hubo más?

—Sí, otra lección severísima de Dios para mi que creía antes, como usted ahora, que basta la cultura para hacer buenos a los hombres.

—Me interesa escucharle.

—Hace del caso dos años, próxi-

mamente. En mis oficinas tenía yo un empleado que por sus extensos conocimientos en contabilidad, su agradable carácter siempre con deseos de complacer, y su listeza en resolver pronto y bien cualquier asunto que se le encomendara, había ganado por completo mi confianza, así que él manejaba y disponía del dinero de la industria sin apenas consultar conmigo. Con todo, a mi esposa no le era mi encargado nada simpático y me decía: «Guárdate de él, Pepe, no te fíes de estos que se burlan de la Religión, mejor se burlarán de tí cuando les convenga.»—No seas exagerada, mujer, ¿qué tiene que ver lo uno con lo otro?

Cierto que se burlaba de la religión, que no creía en nada de tejas arriba, pero como a mí me servía bien... ¿qué me importaba lo demás?

No obstante, alguna desconfianza me empezó a entrar cuando observé que gastaba mucho, demasiado, en cafés, teatros, excursiones, banquetes y... algo más, siendo así que un casado como él era y con siete de familia no podía permitirse tantos lujos. Le interrogué hábilmente un día y me contestó que tenía comisiones que le dejaban bastante. Lo creí y no volví a meterme en sus asuntos privados, pero se metió él en los míos desapareciendo al poco tiempo con una crecida cantidad de mi Caja.

Por los periódicos supe después que se suicidó, allá en Francia, seguramente al verse arruinado y sin honra ¡pobre hombre! Yo le hubiera perdonado!

—¿No fué ese que usted me cuenta D... X...

—El mismo.

—A mí me metió un mico también más que regular con un negocio de harinas; la verdad que su trato engañaba.

—Ya ve usted era un hombre instruido... culto...

—Sí... demasiado instruido...

—No me negará usted que era un hombre... a la moderna, libre de esos

fanatismos que hacen a las almas *pusilánimes*...

—No se burle, no se burle usted, que dos casos no hacen regla...

—¿Dos casos? Fíjese usted en los sucesos de esta vida y verá si tengo razón. Por algo el impío Voltaire respondía a los que le hicieron notar que nunca recomendaba su incredulidad cuando estaban sus criados delante. «Es que si yo quito la fe en Dios a mis criados, desgraciado de mí; el día que tuvieran interés en picarme en tajaditas lo hacían sin vacilar».

Vamos a ver, señor mío, ¿por qué usted que tiene a sus hijas educadas muy cristianamente...

—Cosas de mi señora.

—Bueno, bueno ¿Por qué usted no quiere en su casa criados que blasonen de irreligiosos?

—¡Está uno viendo tantos chascos!...

—¡Ah... luego... no quiera usted para otros lo que no quiera para sí.

J. O. F.

Las escuelas del Ave María son sociales, no socialistas

Tienen los hombres de nuestros días las manías de la escuela, de la igualdad política y de la nivelación social, y ésta es imposible, es necesario hacerlo ver a los sencillos para que no se les engañe, y quitar el pretexto a los extraviados para que no arrastren las turbas a perturbar el orden social, comprometiendo vidas y haciendas.

Siempre habrá ricos y pobres; nos lo dijo Jesucristo, nos lo dice la historia, nos lo enseña la experiencia y nos lo demuestra la razón. Examinando las causas subsistentes e inevitables de la desigualdad en la distribución de la riqueza, se ve que si, por un ver e imposible, se repartiera todo entre todos, al día siguiente casi todos serían más o menos ricos o pobres que el día del reparto.

Pero si es un sueño irrealizable la nivelación social de la riqueza, y para predicarla se necesita gran maldad o suma torpeza, no es tanto el pretexto que explotan los socialistas para hacerse con las masas, la necesidad de vivir, el derecho a los medios suficientes para no sucumbir; porque, si no todos podemos ser ricos, todos aspiramos a estar vivos, a no morir de hambre y a poder vivir como a racionales con cierto decoro. He aquí el punto serio y la cuestión capital del problema social: *¿Es justo dejar morir de hambre al pobre inculpable?* Decimos al pobre inculpable, porque hay bribones (y yo los conozco, y son los que más bullen) que no buscan el trabajo, sino el jornal; y si la sociedad ha de cargar con todos los holgazanes, no habrá uno que no se haga haragán asociado.

Mas el pobre inculpable es digno de socorro, y cuanto tienda a ayudarlo, y precaverle, y librarle de la miseria, entra dentro del ideal cristiano. Para ello es menester enseñar dos cosas a los pobres: trabajo y honradez, y otras dos a los ricos: caridad y justicia. Que todo trabajo tenga su recompensa; que esta recompensa guarde proporción con lo que el trabajo vale y el trabajador necesita; que estas necesidades no se multipliquen, y que la caridad llene los huecos que la ley o justicia legal deje vacíos. Todo esto es doctrina cristiana, y en este sentido todos somos socialistas, esto es, compasivos y amparadores de los pobres.

Pero no bastan letras ni discursos, ni siquiera catecismos, para salvar al pueblo

de la miseria; se necesitan recursos, medios (medicinas, vestidos, casas), y para obtener estos medios hay que unir y hermanar manos, corazón y cabeza, y a los que tienen con los que no tienen.

Esta es la misión especial del sacerdocio, y a esto debe tender hoy toda institución benéfica de carácter social, incluso la escuela. Por eso las escuelas del *Ave María*, uniendo manos, corazón y cabeza, procurando educar estas tres cosas en todos, para que todos resulten trabajadores honrados e inteligentes. Y aún cuando esto es una riqueza de gran mérito y valor, no basta por sí, es menester unirla y Hermanarla con la riqueza económica, con lo que llaman los economistas capital y el pueblo dinero, y sin eso no hay pueblo, sino clases que se odian y explotan, se persiguen y arruinan.

Cuando el trabajador aborrece al que le da de trabajar, éste se esconde y aquél se muere; cuando el trabajador se impone al capitalista y le exige un jornal que no gana, la mano de obra cesa o se encarece y con ella la vida, y los que primero sucumben son los más necesitados; y cuando el capital se confabula y acapara industria, comercio y trabajo para hacer pingües ganancias a costa de todos, el pueblo perece a manos de los avaros y monopolizadores. Es menester, pues, hermanar y entrelazar clases e intereses, teniendo por base la justicia, por remedio la caridad y por fin la utilidad y el bien de todos: hay que ver de disminuir las causas de disgusto, y remediar en cuanto se pueda esa miseria de la plebe. ¿Cómo? Como se ha dicho, y educando además bien a los del montón, que son los más, ya en el modo de producir, ya en el modo de gastar y ahorrar, para lo cual se necesita ante todo actividad inteligente y vida honrada.

ANDRÉS MANJÓN.

Discurso de un revolucionario

Lector que esto leyeres, sea el que sea el partido a que estés afiliado, sean las que sean las ideas políticas; si eres amante del bienestar del pueblo; si estimas el bien de los semejantes y no te mueve la pasión del egoísmo, si eres entusiasta de la felicidad ajena como de la tuya propia, reflexiona un momento sobre las palabras que voy a transcribir, que no son de ningún clerical, ni tan siquiera de ningún hombre afiliado a la bandera católica, sino de un revolucionario de doctrina: son de Víctor Hugo, el gran poeta francés del siglo XIX, que, mientras en sus escritos, que habían de valerle dinero, fué un formidable enemigo de la Religión, entrando después a formar parte de la Academia francesa, nombrado miembro de la asamblea constituyente y legislativa, proclamándose elocuente defensor de la libertad, así hablaba en uno de sus discursos:

«Señores: Nunca por culpa mía podrá engañarse nadie sobre lo que pienso acerca de la enseñanza religiosa. Creo que hoy se necesita más que nunca. Cuando más se eleva el hombre, más debe creer, y cuanto más cree, más se acerca a Dios.

Nuestro deber, y seamos legisladores, obispos, sacerdotes o escritores, es difundir, publicar, empleando todos los medios, usando de todas las energías, de todo el poder social para

combatir la miseria y para conseguir al propio tiempo que se levanten todas las miradas hacia el cielo y que todas las almas esperen una vida, en que la justicia ha de ser cumplidamente satisfecha.

Digámoslo bien alto; nadie sufre injusta e inútilmente.

La muerte es una institución. La ley del mundo material es un equilibrio y la ley del mundo moral ha de ser también el equilibrio, la equidad y la justicia.

Hay una desgracia en nuestros tiempos, casi podríamos decir desgracia única; es la tendencia de reducirlo todo a la vida presente. Atribuyendo al hombre como su último fin y mejor destino la vida terrenal de los sentidos, agravamos todos los males con la negación de la vida superior.

Cuando nos ampara una esperanza eterna, ¡oh, entonces, cómo disminuye y se suaviza nuestra miseria!

No habría empeño en vivir, ni la vida tendría valor estimable, si hubiéramos de aniquilarnos para siempre, o si nos esperase una muerte interminable.

Lo que alivia a los sangrientos dolores que a veces nos atormentan, lo que hace al hombre fuerte, prudente, sufrido, benévolo, justo y al propio tiempo, humilde y grande, digno de inteligencia, digno de libertad, es conservar profundamente arraigada la perpétua visión de un mundo mejor que se vislumbra al través de las tinieblas de nuestra vida actual.

En cuanto a mí, ya que puedo usar de la palabra en medio de esta representación nacional; ya que tan graves expresiones acaban de salir de labios tan poco autorizados, permítaseme afirmar y proclamar, bien alto, que creo profundamente en un mundo mejor, en la eternidad del cielo y en el imperio de un Sér Superior a todos los seres: Dios. Y es eso, para mí, mucho más cierto que la quimera que vamos devorando todos los días y que apellidamos vida.

Esta creencia está constantemente delante de mis ojos, la abrazo con toda la fuerza de mi convicción, después de larga lucha, de mucho estudio y de mucho sufrimiento. Es el último lenitivo de mi espíritu. Quiero, pues, señores, sincera, firme y ardientemente la enseñanza religiosa. Quiero que el hombre tenga por objeto definitivo el cielo y no la tierra; por fin único a Dios, no la materia.»

Ya lo ves, lector amigo; sino eres de aquellos que cierran los ojos de la inteligencia para no ver la verdad; si no eres de los que la ceguera del entendimiento proviene de la perversidad del corazón, reflexiona sobre estas palabras salidas de la boca de un hombre, de un gran ateo, de un gran profanador de todo lo sagrado, que fué enemigo de la Iglesia de Cristo, combatiéndola dura y encarnizadamente mientras trabajaba para ocupar un

lugar preeminente en la jerarquía francesa.

Y como este caso podía citarlos a docenas.

NEMO.

SECCIÓN AGRÍCOLA

Como se evita que mueran los pollos recién nacidos

Para impedirlo he aquí siete reglas:

1.^a Tan pronto como nacen, dejarlos tres días sin comer; la razón es que la yema del mismo huevo en que nacen les sirve de alimento mejor que cualquiera otra comida.

2.^a Darles en la tarde del tercer día pan y huevo todo mezclado para que fácilmente puedan comerlo.

3.^a El quinto día, acostumarlos a la mezcla del mijo, trigo menudo, cebada y algún cascarrón de huevo; mézclase todo con avena limpia y que trabajen al buscarlo. Esto se les da cuatro veces al día. Así como la gimnasia es utilísima a los niños, así también el ejercicio de buscar la comida les hace bien a los pollitos.

4.^a Poco a poco debe acostumbrarse a comer verduras y entre éstas debe excluirse la lechuga, porque está probado que semejante hoja causa disturbios en el intestino del pollito; en cambio es muy buena la cebolla, el ajo, las coles, etc.

5.^a Comida pastosa o compuesta de harina, salvado, hierba mojada con agua o cocida, no se les debe dar casi nunca. Semejante pasta se agria fácilmente, ensucia a los pollitos, fomenta microbios, etc.

6.^a No debe dárseles agua para beber antes del cuarto día de haber nacido; cuidese mucho que el bebedero esté de tal modo dispuesto, que el pollito no pueda mojarse de ningún modo y que el agua esté siempre limpia, lo cual se obtiene cambiándosela a menudo y limpiando el bebedero de cuando en cuando.

7.^a El sitio en que se quieran criar los pollos, debe ser enjuto y relativamente templado; la humedad sobre todo es gran enemiga de ellos y causa de su tristeza, enfermedades y muerte; el sol templado es causa de su alegría, robustez y pronto desarrollo.

Saludo al AMIGO DEL POBRE (1)

Cinco años hace, amigo mío que voy observando tus lecturas, al principio no tan apasionado como en esta ocasión tan oportuna.

Desde el momento que conocí lo amante que eres de el obrero, no he podido olvidar tus lecturas aprovechando siempre tus consejos.

Son tan ciertos y claros tus consejos, tan buenos de llevar, y progresivos, que nada tienen que ver con los otros que seducidos vienen por el socialismo.

Yo soy un obrero que trabajo y que gano un jornal muy reducido más la divina Providencia lo previene que no falte el pan nuestro de cada día para

Aquel que confía en Dios, (mis hijos,

y en Dios pone la esperanza y a Dios ofrece sus obras

y obra como Dios manda, será feliz en el mundo

nunca le faltará nada.

Siento mucho molestar y no paso más adelante, es hoy la primera vez que me atrevo a saludarte.

Un obrero de la Fábrica de Mieres

Mayo 6 del 13

(1) Tal y como nos lo remitieron y gracias por él.

LOGICA APLASTANTE

—Pero, Blas, hijo mío, ¿cómo has dejado la Religión de tu infancia, la Religión de tus padres?

—Pues, claro, señor Antón, porque he visto que las personas ilustradas no la siguen.

—De suerte, hijo, que tú no haces lo que dicta tu corazón, sino lo que los demás hacen. Así no eres más que un pobre *Vicente* que va a donde la gente.

—Es la única manera de ir bien acompañado.

—¿Eso crees? Vamos a verlo. Dividamos el mundo en gente religiosa y gente irreligiosa: tú vas con esta última. Sepamos qué clase de gente es, sin asomarnos tan siquiera a verla. Yo te pregunto: ¿en qué grupo de los dos van los presidiarios?

—(...)

—¿Te callas? Prosigo. ¿En qué grupo vas a poner a los ladrones; los estafadores, los tahures, cuantos han perdido la honra, si algún día la tuvieron, y andan sueltos por esas calles?

—(... ¡Psé!)

—No te enfurruñes, que todavía me queda gente por colocar. ¿Dónde ponemos a la gente perdida, la gente cínicamente viciosa, la gente sin pudor ni vergüenza, y la chusma tabernaria, con su séquito de mujeres corrompidas y de golfos aprendices de ladrón? Toda esa hez social es completamente desconocida en las casas rectorales, y en los templos, si entra alguna vez, es de incógnito y no ciertamente para encomendarse a Dios ni a los Santos. Con tu permiso los voy a juntar a los anteriores, y a ponerlos entre el grupo de los irreligiosos.

—¡Buen provecho!

—¡Ah! si no tienes inconveniente, podemos agregar, además, a todos esos infelices, que, cuando hablan, es para rebuznar; y cuando no rebuznan, es para blasfemar a diestro y siniestro, de todo lo más santo y sagrado; gente que puede muy bien comprenderse entre las razas que necesitan bozal o mordaza.

—¿Ha terminado V. su lista?

—Una de las dos, sí; pero falta la otra. La otra debe componerse, forzosamente, de todas aquellas gentes que aman a Dios y cumplen su santa Ley ¿verdad?... Pongamos, pues, en el grupo de las gentes religiosas, a los humildes, a los virtuosos, a los que llamamos con propiedad hombres de bien; al buen hijo, al buen padre, al buen ciudadano; a todos los Religiosos y Religiosas, a todos los sacerdotes, en general, desde el último Cura rural, padre y pastor de su pueblo, al Romano Pontífice, padre y pastor supremo y universal de todos los hombres y naciones. También forman parte del mismo grupo los Reyes y Príncipes, Presidentes de República y Presidentes de Gobierno, que no se avergüenzan de decirse cristianos y

obrar como tales; la flor de las familias nobles, que aun en la corrompida Francia hacen valerosa profesión de fe católica; y, en sitio distinguido, pongamos en este grupo a toda esa nobleza intelectual compuesta de sabios, literatos y artistas, que llenan el mundo con la fama del mismo nombre que inscriben humildemente en el libro de los fieles de su Parroquia respectiva, confundido entre el sin número de nombres oscuros que llenan sus páginas.

—¿De modo y manera que, según las cuentas de V., yo soy un malhechor, un presidiario, o cosa por el estilo?

—¿De dónde sacas la consecuencia?

—De restregarme V. por los hocicos, y perdone la comparación...

—No, hombre: yo, no; tú debes perdonártela...

—Bien; sea como fuere; V. me viene a decir que todos los irreligiosos son unos deshonorados o pícaros.

—No digo tal. Remedaré la frase de Sagasta hablando de los republicanos de su tiempo, y diré: No afirmo que todos los irreligiosos sean unos pícaros, sino que todos los pícaros son irreligiosos... Yo ya sé que hay bastantes irreligiosos que no son malos, y, entre éstos, he de poner en primera fila a los ignorantes.

—Mire V. que con azúcar será peor; no lo estropee V. más, queriendo componerlo.

—No hago más que consignar un hecho que está a la vista. ¿Cuántos anticlericales hay que, sometidos a examen de Catecismo, se encontrarían en el caso del abogado de marras?

—No sé quién era, ni qué hizo ese señor.

—Pues, disponiéndose para casarse, hubo de sufrir el examen de Doctrina, y como hubiese dado ya varias muestras de despreocupación, el párroco creyó del caso examinarle de lo más sabido. Le preguntó sobre las personas de la Santísima Trinidad. El descreído e infatuado petimetre no había estudiado nada de Religión desde que se preparó para su comunión primera, y no se acordaba ya de nada.—Señor cura, contestó con desparpajo, pica V. muy alto: abaje un poco el vuelo.

—Pues, entonces, a ver, diga usted: ¿Cuántos Dioses hay?—Sintióse herido en su amor propio el abogadillo, y replicó:—Ahora se abate V. demasiado.—Pues, vamos a ver; ¿qué desea V. que le pregunte?—Recapitó un momento el joven, y dijo:—Algo así como la Letanía.—Muy bien, dijo el cura complaciente; rece V. la Letanía...—Como el examinado quedase suspenso, apresuróse el buen sacerdote a sacarle del apuro diciéndole:—¿Qué desea V.?—Espero que usted empiece para yo contestarle *Ora pro nobis*.—Ya ves tú lo que de Religión sabía: el «*ora pro nobis*». ¿No conoces muchos por el estilo?

—¡Algunos hay!

—Convéncete, pues, de que no vas tan bien acompañado como creías.

Pero si quieres convencerte de que vas mal del todo, contempla la obra de los *tuyos*: prensa blasfema y pornográfica, además de ignara y torpe; teatros, cafés-cantantes y *cines* escandalosísimos; casas de corrupción, antesaes del hospital o de cosa muchísimo peor; etc., etc., etc. Y después de contemplar tanto ceno, vuelve tus ojos a las obras de los *míos*: miles y miles de escuelas gratuitas, donde se enseña y se educa al pueblo; miles y miles de asilos, donde se remedia toda necesidad y se enjugan todas las lágrimas; infinidad de obras sociales donde el obrero halla cuanto le concierne y le dignifica; prensa ilustrada y honrada, honor de las ciencias, de las artes, de las letras y de la patria, prensa, en la cual yo me siento orgulloso y satisfecho de trabajar; etc., etc.

Y una vez visto y meditado todo eso, paréceme natural que te digas: Yo no puedo alcanzar por mis solas fuerzas las razones que hay para abrazar la Religión; pero si he de ser un humilde *Vicente*, vale más irme y acompañarme con la gente mejor, con la que da pruebas de serlo en vez de confundirme con la hez de la sociedad. ¿No te parece esto lo natural, justo y decente?

—¿A qué negarlo? VICTORINO.

ES PRECISO EDUCAR

La instrucción no moraliza. Se tiene la idea por personas *ilustradas*,

de que la ignorancia es la causa, no sólo de retrogradación en las costumbres, sino también la causa eficiente de la criminalidad.

Nada más falso.

Si las costumbres están pervertidas y retrogradadas, es debido a la enseñanza laica. Sobre esto se puede escribir largo y bien tendido.

Razonando lógicamente, tendríamos estas conclusiones: los pueblos más ignorantes, caseríos y aldeas, darían más criminales proporcionalmente que las ciudades que cuentan con numerosas escuelas; y que, la mujer, menos instruída que el hombre, cometería más crímenes, lo que, a todas luces, es falso.

En las ciudades diariamente se registran crímenes en los Juzgados; mientras que en las poblaciones son raros; y rarísimos, en las aldeas y caseríos, a no ser que algún *civilizado* los cometa. La mujer, según estadísticas recientes, comete *tres veces menos delitos* que el hombre, y *nueve veces menos crímenes*.

En un cuarto de siglo, de *cinco millones de delitos, cuatro millones quinientos mil* han sido cometidos por hombres.

En cuanto a los crímenes cometidos por los hombres, resulta un promedio del 86 por 100, y por la mujer el 14 por 100. De 7,057 suicidios, 5,960 pertenecieron al sexo masculino y 1,097 al sexo femenino.

Luego, pues, es enteramente falso que la ignorancia aumente la criminalidad.

NOTICIAS

El Eminentísimo Cardenal Almaráz, Arzobispo de Sevilla, ha dirigido las siguientes autorizadísimas palabras a los alumnos del Seminario hispalense que tan importante labor realizan en favor de la Buena Prensa.

«Os he dado ya algún dinero y os daré más todavía. No os detenga la falta de recursos. Mientras yo tenga una peseta o algo que lo valga, no os faltará dinero para pagar la Buena Prensa. Lo que quiero es que trabajéis.»

¡Ah, si todos nos decidiéramos a trabajar por la Buena Prensa!

Aparte del visible aumento de piedad y fervor religioso que entre los católicos maiteses se observa, como consecuencia de las últimas grandes fiestas Eucarísticas, se sabe que son muy numerosas e importantes las conversiones al Catolicismo que desde el Congreso Eucarístico se están registrando en Malta entre el elemento protestante que allí reside especialmente.

Una ilustre familia anglicana y varios pastores protestantes, han abjurado de sus errores, ingresando en el seno de la Iglesia católica.

Lo mismo ha hecho el director de la Sociedad de Tranvías de la isia, que profesaba la religión judaica.

Son muchas las personas de calidad y distinción de quienes se sabe que abrigan el serio y decidido propósito de imitar tan hermoso ejemplo.

Todos los nuevos conversos declararon que la impresión en sus almas producida por las magnificencias y esplendores eucarísticos del gran Congreso ha sido lo que, con la gracia de Dios, les ha hecho reconocer el error en que hasta aquí han vivido y la verdad y divinidad de la Iglesia católica.

El último castigo del ateísmo en este mundo es desear la fe sin poderla conseguir.

Chateaubriand.

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJON

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez á una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los siete años de existencia: 6.871.003,01 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables á la vista.—El 3 y medio por 100 anual á las imposiciones reembolsables á los seis meses.—El 4 por 100 anual á las imposiciones reembolsables á doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cincocéntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los siete años de existencia: 7.580.911,14 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 á 12 y de 3 á 6

Imp. de Lino V. Sangenis.-Gijón

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1876

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas ó correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok ó solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, luceras, bajadas de aguas, tubería, parrillas etc.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

LA MUJER ILUSTRADA

Hay muchos que se empeñan en que la mujer sea ilustrada; convenimos en ello, no hay duda; pero es necesario que su ilustración esté acompañada de la educación; sin ella, será hermosa, será elocuente, será todo lo que se quiera, pero no será buena esposa, y ni siquiera una institutriz de niños.

¡Las mujeres desprovistas de corazón por la enseñanza laica! Ese es un crimen del Estado.

Al leer un poco de historia, se convence el más lerdo, de que no es la ignorancia la que puede envilecer, sino la falta de educación.

Aspasia, Marión de Lorne, Isabel de Inglaterra, La Pompadour, Catalina la Grande... fueron bien leídas; ¡Muy bien instruídas fueron, pero no educadas!

Hay que formar el corazón de la mujer.

Esto no lo hace la enseñanza laica.

La mujer educada, es la mujer ideal.

La mujer religiosa, es la felicidad del hogar.

La mujer instruída, sin educación religiosa, es el apuro de los pobres, la desesperación del marido, la calamidad para los sirvientes y la hipoteca más pesada de una casa.